



www.loqueleo.com/es

© 1993, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-385-6

Depósito legal: M-5.105-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2020

Más de 31 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOCHE
de *Viernes*

JORDI SIERRA I FABRA

loqueleg

*La razón de la violencia
es la violencia de la razón.*

Primera parte

Viernes tarde/
viernes noche

La voz de su padre, al otro lado del hilo telefónico, estaba revestida de tonos ocres.

—Mariano, lo siento, de veras. Créeme que me ha sido imposible eludir el compromiso. Yo...

El muchacho apartó los ojos de la pared y los centró en un lugar indeterminado del pasillo, sin poder discernir si sentía más frustración que rabia, más resignación que indiferencia. Intentó estar a la altura de las circunstancias sin conseguirlo.

—No importa —dijo asépticamente.

—La próxima semana lo haremos todo, te lo prometo.

—Vale, vale.

—Oye, que lo siento yo más que tú, ¿eh?

Se sintió furioso, incómodo, igual que un crío al que se escamotea un premio. Deseó colgar cuanto antes, y empezar a revisar la situación. Nuevos planes, nuevas alternativas. Se encogió de hombros, convenciéndose a sí mismo de que no pasaba nada, y quizás incluso fuese mejor.

Saldría con los amigos.

Sí, mucho mejor que con un padre cuando uno tiene casi dieciocho años.

La figura de su madre cruzó el pasillo. El viejo teléfono negro, suspendido de la pared, semejaba una araña muy especial, con una presa asida de uno de sus filamentos. ¿Por qué tendrían que instalar antes los teléfonos en los peores lugares, sin intimidad, sin posibilidad de sentarse para hablar cómodamente? La mujer le dirigió una fugaz mirada de soslayo. La expresión de su rostro fue sin embargo reveladora.

10

—Tendré que hacer unas llamadas si quiero hacer algo el fin de semana, papá —interrumpió a su padre, que seguía hablando sin apartarse de sus culpables circunloquios.

—Oh, por supuesto. Espero que...

Los dos se alegraron de cortar. No había mucho más que decirse. Fue Mariano el primero en despedirse.

—Adiós, papá.

—Diviértete, hijo. Te llamaré el lunes.

Colgaron, y como si esta fuera la señal convenida, su madre volvió a aparecer ante sus ojos. La breve distancia se hizo mucho mayor por el amargo rictus de su mirada. Una progresiva irritación inundó el ánimo del muchacho. En esta ocasión la mujer no desapareció por la inercia de sus pasos. Se detuvo.

No quería escucharla, pero no tuvo más remedio. Estaba atrapado en aquel pasillo lleno de puertas que no conducían a ninguna parte.

—Me lo esperaba —dijo ella.

—Vamos, mamá —protestó Mariano.

—Y será peor cuando esa lagartita dé a luz, ya lo verás. Siempre es igual.

Le dio la espalda para dirigirse a su habitación. Fue una huida. La voz de su madre le persiguió, acorralándole, hasta empujarle dentro de las únicas cuatro paredes que le protegían en cierto modo del exterior, aunque cada vez le pareciesen más las de una cárcel de cristal en la que también solía ahogarse. Había demasiada amargura al otro lado.

—¿Qué vas a hacer ahora, salir con tus amigotes?

—Supongo que sí, no lo sé.

—Mariano...

Cerró la puerta, deteniendo al otro lado las emociones. No lo consiguió del todo. Algunas pasaron a través de la madera como si esta fuese impermeable, o ellas muy fuertes. Primero apoyó la espalda en su superficie, pero casi inmediatamente cubrió la distancia que le separaba de su aparato de alta fidelidad y colocó en el compacto el disco de Carter *The Unstoppable Sex Machine*. Las paradigmáticas notas de *The only living boy in new cross* empezaron a sacudir el denso aire de la habitación.

Su madre no apareció por la puerta.

No se sintió mejor, ni a salvo, pero sí momentáneamente seguro.

12 Ismael quiso abrazarla, retenerla por última vez, pero Loli se apartó con energía y dio un paso atrás. Los ojos de la muchacha sin embargo no destilaron ira. Solo un sentimiento de cansancio, una soterrada descarga en la que se vio envuelta la tristeza final.

—No, Ismael, basta ya, por favor.

—Es que no lo entiendo —protestó él—. Ni tampoco te entiendo a ti.

Loli movió la cabeza de un lado a otro. Pareció a punto de echarse a llorar, pero logró superar ese punto de inflexión con una mayor fuerza y convicción en sus gestos, sus palabras. Apretó las mandíbulas y los ángulos de su expresivo rostro se acentuaron aún más, dándole un aire de firme rotundidad.

—Las cosas son así, y no podemos hacer nada —insistió—. Resistirse es estúpido. Tú te vas a la mili y yo no quiero ejercer un año de novia, «portándome bien». ¿Qué quieres, que te mienta? No es mi estilo y lo sabes. Hemos tenido siempre las cosas claras, ¿o no?

—Pero ahora, cuando peor me siento...

—¡Sé que te sientes mal! ¿Y cómo crees que me siento yo? Hubiera podido ser distinto, que más habría deseado, pero tú te vas y yo me quedo. Por lo tanto no hay nada de qué hablar.

—Te quiero —reveló él.

—Por favor, no te pongas melodramático —suspiró con fastidio Loli—. A mí también me gustas, pero nos equivocamos liándonos. Lo lamento. No quiero cometer un segundo error para cubrir el primero. ¿Por qué no lo ves de esta forma? Quedas libre y puedes hacer lo que te dé la gana.

—¡Yo no quiero hacer lo que me dé la gana! ¡Lo único que deseo es tener algo en lo que creer, saber que cuando acabe esta pesadilla...!

—Saber que cuando acabe esta pesadilla, como dices, me tendrás aquí, sumisita y dispuesta a continuar donde lo dejamos, ¿no es así? —le interrumpió ella—. ¡Por Dios!, ¿pero en qué mundo vives? Miles de tíos se van a la mili cada año sin montar tantos números. ¡Sí, ya sé que tú eres diferente, y que odias todo ese rollo, pero yo no puedo hacer nada más! ¡Tengo diecinueve años y quiero divertirme!

—Tú lo haces todo peor de como lo esperaba —lamentó Ismael—. No creo que lo resista.

—¿Qué vas a hacer, pegarte un tiro mientras haces guardia? ¡Vamos, hombre! ¡Como se te ocurra cometer una de esas gilipolces te juro que...! —Loli le apuntó con un dedo iracundo—. ¿Por qué no lo pensaste antes y te hiciste objetor? ¿Sabes cuál es tu problema? Pues que

siempre esperas, esperas, y las frustraciones acaban ahogándote. A lo mejor es que te gusta estar así.

—No digas tonterías.

—Eras diferente cuando nos conocimos —manifestó ella.

—La gente no cambia tanto en siete meses.

—Tú sí. Todo eso de la mili te tiene como desquiciado. Parece como si se fuera a acabar el mundo.

—No puedes entenderlo.

14 —Muy bien, no lo entiendo, ¿qué más quieres que te diga? Lo más seguro es que dentro de nueve meses, cuando vuelvas, esté aquí, tal cual, y volvamos a liarnos si regresas de mejor humor.

Parecía una esperanza, una puerta abierta, pero no lo era. Ismael sabía que ella necesitaba compañía masculina, y aunque no la hubiera necesitado, era demasiado hermosa como para esperar que nadie se le acercara en tanto tiempo. Quería divertirse, salir, bailar. Tal vez estuviese en su derecho.

—Te quiero tanto que... —empezó a decir.

—Nadie quiere tanto como para hacer nada —suspiró Loli—. Se ama y punto. Lo demás son pasiones de película. O será que yo no soy ningún volcán, mira, no sé. Prefiero pensar que lo hemos pasado bien y punto. ¿Cuándo me has oído hablar del futuro, o hacer planes a largo plazo? Para mí lo más lejos que llega todo es hasta el próximo verano. Soy así y me va bien. Creo en el amor, pero no pienso que sea lo más importante, al menos ahora.

—¿Me escribirás? —preguntó Ismael.

La muchacha cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos miró a lo lejos, más allá del parque que los envolvía. Se oían risas de niños y niñas, jugando en la vecina zona infantil, pero ellos estaban solos. El banco que ocupaban era el centro de su universo. Las casas que rodeaban el lugar no existían más que como decorado de sus propios sentimientos. Acabó girando la cabeza para enfrentarse a su compañero. El cabello, muy largo aunque correctamente definido, llenaba de sombras el perfil del atractivo rostro, hundido en su amargura. Ella lamentaba más que nadie, salvo él mismo, que se viera obligado a marcharse.

—¿Quieres que te diga que sí, y que no lo haga? —susurró ella—. ¿De qué servirá que te escriba contándote cosas? Si te digo que salgo con uno te haré daño, y si te lo oculto te estaré mintiendo y encima te llenarás de falsas esperanzas. Vamos, Ismael, no es el fin, solo un... aplazamiento.

—Si solo es un aplazamiento... —trató de insistir él.

Loli se puso en pie.

—Mira, ya no quiero seguir hablando más del tema. No lo soporto —dijo terminante colocando sus dos manos abiertas a modo de pantalla—. Ha sido estupendo, me gustas, tú te vas, yo me quedo. Eso es todo lo que hay de momento. Ahora depende de ti, que te portes como un imbécil o que lo afrontes como un hombre. Espero que todo te salga bien, y que vuelvas como te conocí, ¿vale?

Se inclinó sobre él, inesperadamente, y le dio un beso fugaz, muy rápido, en la comisura de los labios. Se enderezó antes de que Ismael pudiera retenerla. Después dio

media vuelta y echó a andar, primero despacio, finalmente con viveza.

Ismael no se movió. La vio alejarse sintiendo un nudo enorme en la boca del estómago, y otro aún más gigantesco en la garganta.

La moto, una imponente Kawasaki 500, carenada y reluciente, de matrícula casi nueva, entró en el taller atronando el ambiente con la potencia de su motor. El hombre que la conducía, vestido con un elegante traje gris, impecable, zapatos de marca y corbata pintada a mano, paró el motor y se quitó el casco de la cabeza. La agitó para aligerar una invisible presión y descabalgó.

Lázaro le vio aproximarse. No hizo falta que consultara el reloj. Lo había hecho nada más apercibirse de la irrupción del recién llegado. Le recibió con una estática sonrisa. No por conocerle dejó de estudiar su imagen de ejecutivo agresivo, de admirar el bronceado primaveral de su rostro, de valorar la agilidad trenzada en el tenis o la gimnasia diaria. Treinta años, no más. Un prototipo.

Y como todos los prototipos, digno de su especie.

—Lázaro, chico —fue lo primero que le dijo el visitante—, que no sé lo que le pasa a este trasto, mira.

—¿De qué se trata, don Ramón? —se interesó el mecánico acentuando un poco más la curva de su sonrisa.

—Es que no lo sé —dijo el aludido encogiéndose de hombros—. Ya ves tú, le da por arrancar, parar, volver a arrancar. ¡Parece un caballo salvaje!

—En todo caso una yegua —bromeó Lázaro.

—¿Puedes echarle un vistazo? No me digas que es algo grave porque...

—¡Hombre, don Ramón, que ya es la hora de cerrar! —protestó el mecánico vehemente—. Y además hoy es viernes. Si hasta me parece mentira que no esté ya de *uiquen*. Que tengamos que currar nosotros, los parias, vale, pero usted, ¿qué hace todavía en la jaula?

18

—¡Para fin de semana estoy yo, que lo tengo que pasar trabajando!

—Venga, que hay trabajos y trabajos. —Lázaro giró la cabeza para mirar a su compañero, que trabajaba a unos cinco metros de él en otra moto. Le guiñó un ojo cómplice—. Vamos a ver de qué se trata, aunque ya le digo que ahora no voy a poder hacer nada. El lunes a primera hora...

—¡Coño, no jodas, tú!

—¿Y qué quiere que le haga, don Ramón? Seguro que tampoco es nada que no pueda esperar.

No le hacía falta mirar la moto. Sabía perfectamente de qué iba el tema. Pero se aplicó a ello con absoluto sentido de la profesionalidad, al menos el sentido que un cliente como aquel esperaba de un mecánico responsable ante una máquina tan maravillosa como la suya. Tardó un minuto en levantarse y enfrentarse a la ansiedad del ejecutivo.

—¿Es grave?

—No, hombre, qué va. Grave no, aunque sí trabajoso. Le falta explosión. Las bujías están engrasadas.

—No fastidies —se extrañó el hombre.

—Si es que solo la usa para la ciudad, ¿a que sí? Cuando sale a carretera, el coche, ¡faltaría más! Y pasa lo que pasa. En ciudad una máquina como esta se fastidia. Demasiada potencia para tan pocas posibilidades. Semáforos, arrancar, parar... Lo dicho: hay que limpiar las bujías.

—Y no podrías...

—Que no, don Ramón, que no puedo, que es viernes y...

19

—Es que me fastidia ir así, y como este fin de semana he de quedarme... Oye, cóbrame lo que quieras pero échame una mano, hombre.

—¿Cómo voy a cobrarle de más? Uno tiene su corazoncito. Si lo hago es por la moto.

—Entonces...

—¡Cachienlá! —rezongó Lázaro—. ¿Puede volver en media hora? Pero no más, ¿eh? Mire que cierro y no la recoge hasta el lunes.

—Eres grande, un tío de verdad, oye. Gracias. ¿Media hora? Voy a hacer un recado y vuelvo. Te debo una. Te voy a dar una propina que... Me voy, me voy.

Salió por la puerta con aire distinguido. Todavía se veía su sombra cuando el compañero de Lázaro ya le estaba diciendo:

—Anda que no te lo montas tú con cara.

—Si es que te lo ponen a huevo —masculló el mecánico ya sin sonrisa—. Panda pijeras de mierda. Se compran unas burras que no saben ni para qué sirven.

Tuviera yo una moto así, ¡joder! Por lo menos que afloje la mosca, hombre.

—Creí que ibas a salir a escape, como cada viernes.

—Es solo media hora, y necesito pasta. Total...

—¿Qué plan tienes hoy?

—Lo que salga, tío. Necesito algo nuevo.

—¿No salías con una tal Sonia?

—¿Sonia? —se estremeció mirando a su compañero como si este fuera un marciano—. Pero si eso fue hace dos semanas. Oye, ¿tú en qué mundo vives, chaval? A ver si espabilas, que me vas a resultar de los que cae con la primera que le trinca.

20

—Ya me gustaría a mí trincar una —suspiró el otro.

Lázaro le dio la espalda. Volvió a sonreír con suficiencia. Dichoso don Ramón. ¡Y lo que les gustaba que les llamasen así, con tratamiento incluido! Limpiaría las bujías en menos de lo que costaba decirlo, y dejaría una fuera para montarle el número cuando llegara. Le vendería un buen cuento. Cuanto más lo alimentara, más jugosa sería la propina, que era lo suyo, porque la cuenta, de todas formas, iba para el dueño del taller.

—El día que yo tenga una burra así... —dijo poniéndose manos a la obra.

Le pareció un sueño, un hermoso sueño. Una idea eternamente fugaz que solía pasar a menudo por su mente hasta convertirse en obsesión. Esta vez, sin embargo, le hizo daño.

Daño por asociación. El ejecutivo y él. Dos mundos separados por una larga distancia.

Y supo que la propina que iba a recibir era un pobre pago por su dignidad, aunque lo enmascarase con la habilidad de su ingenio.